

Sociología y franquismo

JOSÉ VIDAL-BENEYTO †

El saber siempre ha tenido relaciones ambiguas con el poder, derivadas de la especial relación de antagonismo y complementariedad que entre ambos existe. En particular cuando los protagonistas son el saber social y el poder político y su expresión más patente, las ciencias sociales, en especial, la sociología, por un lado, y los gobiernos y las fuerzas, que ocupan el espacio político, por el otro. El franquismo en sus sucesivas versiones fue el régimen que mandó en España durante los 40 años centrales del siglo pasado. Su actitud respecto de la sociología osciló entre la voluntad de neutralizar los aspectos de ese saber que le parecían más peligrosos y la tentativa de recuperar los que consideraba más utilizables. Pues la sociología, en España como en todas partes, no era un bloque homogéneo, sino que respondía a una multiplicidad de planteamientos teóricos y metodológicos y perseguía una serie de opciones ideológicas que oscilaban entre las apuestas más conservadoras y las más rupturistas.

Por todo ello y frente a lo que se pretende en algunas últimas e insolventes intrusiones en este campo, la sociología no es un producto nuevo en la vida intelectual y académica española. Vincular su aparición a la sola acción de Juan Linz, como agente del mundo sociológico norteamericano, es ignorar las decisivas aportaciones de los padres fundadores 30 años antes, que hay que situar en el ámbito institucional de la Universidad oficial y de la Iglesia católica. En el primero fueron las cátedras universitarias de Filosofía del Derecho y Derecho Político, las más abiertas a la disciplina que emergía; y en el segundo, fueron los espacios del catolicismo social con su instrumento privilegiado, el Instituto de Reformas Sociales, donde encontró sus más fecundo acomodo y su más vigoroso impulso.

Esta primera andadura sociológica, concernida desde su mismo inicio por el acontecer real de los españoles y de sus problemas debe mucho a dos personalidades tan singulares como Severino Aznar en el campo católico y Enrique Gómez Arboleya en el universitario. Los ayudantes y colaboradores de este último forman una consistente trama en la que se alinean actores tan destacados como Salustiano del Campo, Luis González Seara, José Castillo Castillo, Mariano López Cepero, Juan Díez Nicolás, José Sánchez Cano y tantos otros que

gracias al liderazgo de Francisco Murillo Ferrol y, de alguna manera, de Luis Sánchez Agesta, enlazan con la escuela granadina en la que destacan personalidades de tanta relevancia posterior como José Jiménez Blanco, Miguel Beltrán y José Cazorla.

En los 40 años que van de 1950 a 1990, se produce en España una extraordinaria eclosión de espacios sociológicos y de especialidades de sociología, al amparo de organizaciones ya sólidamente instaladas en la sociedad civil. Como el Instituto Balmés de Sociología, que recoge los influjos de Carmelo Viñas y Jesús María Vázquez; la vocación sociológica del Instituto de Estudios Políticos, liderada por Francisco Javier Conde y Salvador Lisarrague; el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos con el indiscutido magisterio de Luis Sánchez Agesta; las empresas privadas dedicadas a los estudios de opinión y de mercado así como a las investigaciones más propiamente sociológicas, de la que la más sonada es DATA, pero entre las que figuran ISPA, Doxiadis Ibérica, ICESA, ECO, TERPA, etc., sin olvidar el propio Instituto de la Opinión Pública, ni el Fondo para la Investigación Económica y Social de la Confederación Española de las Cajas de Ahorro, con una notable pléyade de investigadores incorporados a ellas. Entre los cuales figuran Amando y Jesús de Miguel, Juan Díez Nicolás, José Juan Toharia, Alberto Gutiérrez Reñón, Francisco Andrés Orizo, Julio Feo, Ubaldo Martínez Lázaro, José Luis Martín Martínez, Juan González Anleo y bastantes más.

En Barcelona bajo el patrocinio de los *seniors* Rogelio Duocastella, Miguel Siguan, Emilio María Boix y Julio Busquets se agrupan una serie de brillantes sociólogos entres los que destacan Salvador Giner, Juan Marsal, Luis Carreño, Enrique Martín López y Martínez Allier, muchos de los cuales terminarán enseñando en el Reino Unido (Reading y Oxford), en París y en América Latina.

La andadura teórica y la voluntad crítica de los viejos maestros José Luis Aranguren y Enrique Tierno, acompañados por José Luis Sampedro, Carlos Ollero, Francisco Murillo Ferrol, José Antonio Maravall, Antonio Truyol y demás compañeros de discrepancia comedida, funcionó como legitimación intelectual y primera barrera defensiva para quienes buscábamos nuevos ámbitos y los encontramos en esta iniciativa universitaria, que conllevaba además un fuerte componente de contestación política y social. Gracias a ellos y al eco que tuvieron en buena parte de la burguesía ilustrada, se pudo fletar un ámbito colectivo absolutamente independiente de enseñanza e investigación, sobre todo sociológicas, al que en su primera salida dimos la forma de una sociedad mercantil y al que pusimos el nombre de CEISA —Centro de Enseñanza e Investigación, Sociedad Anónima—, que enlazó con los Cursos de Sociología de la Universidad de Madrid que se habían puesto en marcha en 1962 de la mano de Pablo Cantó y que pretendían suplir la ausencia de la sociología en los currículos de la universidad española.

Los cursos contaron, a pesar de su beligerante marginalidad, con un notable contingente de profesores prestigiosos, entre ellos los ya citados padres nutricios —Aranguren, Tierno, Sampedro, Ollero, Truyol— acompañados por Luis Ángel Rojo, Elías Díaz, Raúl Morodo, Ramón Tamames, Luis García San Miguel, Jesús Ibáñez, Antonio Colodron, Alfonso Orti, Pablo Canto, Ángel de Lucas, Carlos Moya, Salvador Giner, Víctor Pérez Díaz, Mario Gaviña, Manuel Castells, Ignacio Sotelo, José Jiménez Blanco, Esteban Pinilla de las Heras, Jordi Borja, Ignacio Fernández de Castro y bastantes otros que se incorporaron en su totalidad a CEISA cuando los poderes franquistas clausuraron su actividad en 1965, en el marco de una

operación de represión intelectual y universitaria que supuso la expulsión de sus cátedras de los profesores Tierno Galván, José Luis Aranguren, Agustín García Calvo y Santiago Montero Díaz.

CEISA nació en momentos particularmente difíciles, lo que nos llevó, no a disminuir su perfil antagonista con el franquismo, pero sí a reforzar las barreras defensivas procedentes de la derecha social, incorporando a personalidades del máximo prestigio y respetabilidad de la sociedad española de entonces para encabezar la nueva entidad. En ese sentido presidieron sucesivamente su Consejo de Administración Julio Palacios y Guillermo Luca de Tena, este último entonces director del diario *ABC*. En cuanto al Patronato Científico, máxima instancia académico-cultural de CEISA, su presidente fue Pedro Laín Entralgo, cuyo prestigio era en ese tiempo unánimemente reconocido. Sin embargo, esta opulenta respetabilidad no incidió, en modo alguno, ni en la práctica docente ni en las actividades intelectuales de CEISA, que se situaron claramente en posición rupturista con los usos académicos dominantes, con una voluntad manifiesta de cuestionar radicalmente al sistema y de apostar por el paradigma que postulara algunos años más tarde la contestación estudiantil de Berkeley del 67 y de Mayo del 68 en Francia. En este sentido, se acabó con el primado de la memorización y de las lecciones magistrales, sustituidas por la confrontación discursiva y las prácticas de grupo, suprimiendo igualmente los exámenes convencionales para evaluar el nivel de identificación con los conocimientos transmitidos y para determinar la capacidad reactiva de los estudiantes.

El abandono del poder piramidal trasladó su ejercicio al colectivo de los estudiantes reunidos en asamblea o formando parte de la Delegación General de Alumnos, compuesta por nueve delegados, tres por curso, y los tres secretarios de las comisiones especiales. La dirección de todas las instancias, cualquiera que fuese su nivel y su cometido, tenía una duración de quince días y su designación se hacía por riguroso orden rotativo entre los miembros de cada instancia. El principio básico para el funcionamiento de CEISA era la autogestión, entendida como una autorregulación totalmente independiente, una financiación sin condicionamiento alguno, y un pluralismo radical desde un antiacademicismo sin concesiones. Los participantes en CEISA entendían la sociología como una actividad científica destinada a desvelar la realidad de los fenómenos sociales, que no podía confinarse en su análisis, ni limitarse a la acumulación pasiva de los conocimientos sobre ella, sino que debía proponerse transformarla. En consecuencia, el propósito de nuestro proyecto no era la formación de los profesionales que reclamaba el mercado, sino la de científicos comprometidos con la transformación y el progreso social.

La crisis de los marcos teóricos del saber social, que sacude en esos años la sociología, tiene una repercusión importante en el interior de CEISA. El positivismo, el estructural funcionalismo, el empiricismo abstracto, la teoría de la acción social de Parsons, Alfred Schutz y la escuela fenomenológica, Bales y los pequeños grupos, la etnometodología y el interaccionismo simbólico, el cansancio de los análisis marxistas, y el agotamiento de la perspectiva crítica problematizaban la condición científica de nuestra disciplina y nos obligaban a una revisión, en línea con la practicada por Alvin Gouldner en su *The Coming Crisis of Western Sociology* (1971), que remitía a un examen radical de los fallos e insuficiencias que habían llevado el quehacer sociológico a un callejón sin salida. Siguiendo el trabajo iniciado por

Irving Horowitz en *The Use and Abuse of Social Science*, sometimos a escrutinio las aportaciones de Barrington Moore, Hans Gerth, Wright Mills, Lewis Feuer, Trent Schroyer, Maurice Stein y Arthur Vidich, pero ignorando, de manera incomprensible, a los brillantes representantes de la tercera generación como Jürgen Ritsert, Alfred Schmidt, Albrecht Wellmer y Hans Peter Dreitzel y dejando en barbecho piezas tan importantes de la revisión de la Teoría Crítica como *Kritik und Interpretation der Kritischen Theorie* y el básico, aunque quizá extremado, alegato de Gunter Rohmoser *Das Elend der Kritischer Theorie* (1970).

Esta injustificable marginación respondió sustancialmente a la servidumbre francofónica de nuestros sociólogos que, con muy contadas excepciones, huían del inglés y sobre todo del alemán, y se prodigaban, en cambio, en la bibliografía francesa crítica del positivismo empirista, reivindicando la puesta en circulación entre nosotros del análisis institucional de René Lourau y Georges Lapassade con el ascendiente de las reflexiones de Abraham Moles, cuyas obras *Les Sciences de l'imprécis* y *La physique des Sciences de l'Homme* se convirtieron en nuestros libros de referencia. Destino que se debió, en buena parte, a la vocación epistemológica y al alcance metodológico de las aportaciones de Moles, en un momento de quiebra teórica y por consiguiente de orfandad referencial, que busca siempre el refugio de lo técnico y que explica la polarización del debate en el ámbito de CEISA, en torno de la problemática institucional y metodológica en detrimento de las opciones temáticas y de las preferencias por los contenidos.

Su expresión más palmaria fue el enfrentamiento entre cuantitativistas y cualitativistas del que uno de los impulsores más beligerante en el desmontaje del empirismo del dato, puramente cuantitativo, fue Jesús Ibáñez, que consiguió descalificar el imperialismo de la entrevista-encuesta mediante cuestionarios cerrados y la explotación de los resultados limitados exclusivamente a la estadística paramétrica. Frente a este simplismo reductor y, por ende, falsificador, en CEISA se impusieron la entrevista abierta, la entrevista en profundidad y el grupo de discusión para la recogida de datos; y para su elaboración se abandonaron los tratamientos matemáticos más elementales, que son siempre muy rígidos —álgebra lineal, geometría euclídea, estadística paramétrica— y se recurrió a modalidades formales más sofisticadas, menos manipuladoras del soporte en que se apoyan los datos y mejor adaptadas a su condición originaria. Por ejemplo, la topología por obra de Fernando Conde; el análisis de redes con Narciso Pizarro; las utilizaciones energéticas de Pablo Navarro; y los refinamientos de los métodos más clásicos, tal y como nos los proponía Manuel García Ferrando en su libro *Sobre el Método*.

Las dos grandes contribuciones epistemológicas de CEISA fueron, en primer lugar, el haber impugnado la categoría de objetividad como el soporte mayor de la condición científica del saber social y haberla sustituido por las de necesidad y reflexividad, en las que sujeto y objeto se encuentran en una situación de mutuo-dependencia, como dos entidades fundidas en una sola y única relación, en la que el sujeto es productor del objeto, y ésta es, a su vez, el instituidor del sujeto. La segunda gran aportación epistemológica de CEISA fue haber acabado con la mitificación del dato como trasunto literal de la realidad y haberlo configurado como lo que es: el resultado de un específico proceso productivo, pues el dato no emerge por sí mismo, sino que es la consecuencia de una voluntad y de una acción que se proponen hacerlo existir.

Claro está que esta dedicación a lo previo y a lo instrumental impidió que se acometiesen los grandes problemas de sus sociedades, que eran el desafío central de las ciencias sociales de ese decenio, y la razón fundamental por la que habíamos promovido los cursos primero y CEISA después. Esa renuncia, ese abandono, que fueron objeto de un reproche constante, y en ocasiones violento entre nosotros, era por lo demás inevitable, si tenemos en cuenta los condicionamientos de quienes participábamos en el proceso. Pues debe recordarse que los dos núcleos más sustanciales de CEISA, el grupo de Amando de Miguel y el de Jesús Ibáñez, el primero articulado en torno de la empresa DATA y el segundo de ECO, había conferido a sus miembros la condición de sociólogos profesionales de empresa, para quienes lo más determinante era la validez científica y técnica de su trabajo. Con ello, la propuesta de una sociología humanista y socialmente útil, en línea con nuestra premisa inicial y con la orientación de Alfred McClung (*Sociology for whom?*), tan valorada entre nosotros, pasaba de hecho a un segundo plano, sacrificada a una proclamada voluntad de rigor, que en realidad escondía el interés individual por la propia carrera, y el prejuicio colectivo —el corporatismo sociológico— a los que se daba la preferencia.

Por lo demás, la vocación internacional de nuestro proyecto y la necesidad de reforzar su endeblez institucional, que la beligerante hostilidad del franquismo hacía urgente e imperativa, nos llevó a darle una proyección exterior, que la extraordinaria acogida que encontró en los medios científico-sociales y universitarios europeos y americanos, convirtió en una muy notable plataforma de instituciones y de centros, que nos dotaron de una muy sólida estructura de apoyo y solidaridad. De la trama que constituyeron formaron parte: la Escuela Graduada de Estudios Europeos Contemporáneos de la Universidad de Reading, en el Reino Unido; el Departamento de Sociología de la Universidad de Constanza; el Instituto de Sociología de la Universidad de Bruselas; el Instituto Superior de Sociología de la Universidad de Milán; la Facultad de Letras de la Universidad de Puerto Rico; el Departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad Federal de México; la División de Asuntos Interamericanos de la Universidad de Nuevo México; el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Michigan; la Facultad de Sociología de la Universidad de Colonia; la Escuela Práctica de Altos Estudios de París; el Colegio de Europa de Brujas; el Instituto de Estudios Políticos de París; el Instituto de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Roma; la Escuela Graduada de Negocios de la Universidad de Pittsburg, en Pensilvania; el Comité Italiano de Ciencias Políticas y Sociales; el Consejo de Investigación en Ciencia Social de los Estados Unidos; la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Montreal; el Instituto de Economía Aplicada; la 20th Century Foundation de Nueva York; el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Washington, en St. Louis, Missouri; la Fundación Russell Sage de Nueva York; la Fundación Ford.

Con todas estas entidades se suscribieron convenios de colaboración, que preveían, desde eventuales prestaciones financieras y/o de servicios, hasta el intercambio de profesores, la acogida de estudiantes provenientes de CEISA y la realización de investigaciones conjuntas.

El intento de crear un espacio docente e investigador en el campo de las ciencias sociales absolutamente independiente y fuera de los ámbitos oficiales de la España franquista era un propósito de casi imposible cumplimiento, como probó su realización. De hecho, en los casi diez años que duró el proceso, y más allá de la práctica represora de que fuimos objeto

sus promotores e impulsores —detenciones, multas, etc.—, el proceso mismo fue interrumpido, como hemos relatado, en dos ocasiones y definitivamente clausurado en la tercera. En efecto, a los iniciales Cursos de Sociología les sustituyó CEISA, y a ésta la que llamamos Escuela Crítica de Ciencias Sociales, basada, estrictamente, en los mismos planteamientos sobre los que se habían asentado los dos anteriores y con la misma opción básica en favor de la sociedad civil, sin olvidar su beligerancia en favor de las libertades y del progreso social.

Claro, que las constantes agresiones de que éramos objeto por parte del poder franquista y la radicalización que Mayo del 68 había introducido en las universidades y, con carácter más general, entre la juventud, complicó aún más el desarrollo de nuestro trabajo y nuestras relaciones con la España oficial. La Escuela Crítica sufrió la misma suerte que el franquismo había reservado a los dos intentos anteriores —los cursos y CEISA— y a los dos años de existencia las autoridades gubernativas interrumpieron su funcionamiento. La razón alegada por la policía, en esta ocasión, fue que una de las empleadas de la Secretaría de Alumnos, Teresa Marbé, era miembro del partido Marxista-leninista que acababa de ser desarticulado por la policía. Lo más chusco de esta acusación consistió en que el boletín *Vanguardia Obrera*, órgano del citado partido Marxista-leninista, en el número anterior al cierre, acusaba a la Escuela de ser un agente del imperialismo yanqui, más peligroso, en sus propias palabras, que la misma CIA.

Reaccionamos obviamente contra el cierre, interponiendo el correspondiente recurso de alzada y movilizándolo a todos nuestros asociados y amigos, así como a los medios de comunicación españoles y, sobre todo, extranjeros para que protestasen contra la medida y pidieran su anulación. El eco y la solidaridad exteriores fueron extraordinarios, tanto por parte de los medios académicos y universitarios, como de las instituciones y personalidades comprometidas con la lucha por la libertad y los derechos humanos. Fue admirable la reacción del profesor Brugmans, rector del Colegio de Europa, y del profesor Jean Rey, entonces presidente de la Comunidad Económica Europea, exigiendo del Gobierno español la anulación de la medida y la reapertura inmediata de la institución clausurada. Uno de los más prestigiosos despachos de abogados españoles, el del profesor Rodrigo Uría González, asumió la defensa de los derechos civiles y patrimoniales de la Escuela, cuya forma jurídica era la de una sociedad anónima, pero, evidentemente, en este caso como ya había sucedido con CEISA, no se consiguieron las indemnizaciones que se solicitaban. Las causas se ganaron con el advenimiento de la democracia, pero entonces el plazo para hacer efectivas las indemnizaciones ya había prescrito.

De todos modos, nuestro objetivo principal no era conseguir las indemnizaciones, sino continuar nuestra actividad, razón por la cual, al igual que habíamos procedido con el cierre de los cursos y de CEISA, montamos inmediatamente una estructura paralela que asumiera sus compromisos, en especial con los estudiantes, y que prosiguiera su acción. Aunque, obviamente, cada vez más convencidos de la extrema dificultad que representaba realizar una actividad docente y universitaria, sin condicionamientos y en libertad, en la España del general Franco. La cuarta y última fase de esta imposible tentativa la constituyó la Fundación Cultural Española, que arropada por esas dos extraordinarias personalidades de la derecha social que fueron Guillermo Luca de Tena, su presidente, y Pedro Laín Entralgo, que asumió la presidencia de su Patronato Científico, hicieron posible que el proceso, de alguna manera,

siguiera en pie. La expresión «de alguna manera», se refiere al hecho de que hubo que abandonar todos los contenidos docentes regulares y centrarse en la organización de seminarios de alcance reducido, así como de algunas investigaciones empíricas de contenidos no conflictivos. Pero el proceso siguió obstinadamente adelante, desafiando al aparato policial y judicial del franquismo.

Que esta esforzada resistencia académica e intelectual haya sido silenciada por la mayoría de los historiadores y de los políticos españoles desde entonces, es una prueba más de que la transición intransitiva que la propició dejó las cosas en las manos que quería: las de la clase dominante. Destino al que siguen contribuyendo, de manera sorprendente, compañeros que se dicen en la izquierda.